

NOVENA
A LA
Santísima Virgen del Río



Gráficas Afrodiseo Aguado, S/A

PALENCIA

1 9 4 0

JT
COM

t. 874869
c.

NOVENA
A LA
Santísima Virgen del Río



Gráficas Afrodisio Aguado, S/A
PALENCIA
1 9 4 0

NIHIL OBSTAT

Palencia 21 de Mayo de 1924

Dr. Marciano Bartolomé

†

Palentiæ 23 Maii 1924

IMPRIMATUR:

Lic. Eusebius Cea,

Gobr. Eccos. S. P.

Hay un sello del Obispado de Palencia.

Reg. Lib. 39 n.º 412.

RETAZO HISTÓRICO

A mediados del siglo X, había a unos cuatro kilómetros de Villasilrga, un poblado de veinte vecinos, formado por guardas de ganado vacuno y ovejuno, llamado Tablares; el año 1101, el día 15 de agosto una horrorosa tempestad de viento, granizo y agua que consternó a la comarca, destruyó la mayoría del pueblo, incluso su pequeña Iglesia dedicada a Santa María del Río.

Lo mucho que llovió y la crecida que experimentó el río Ucieza, en cuya margen estaba edificada la Iglesia, llevó al empuje de su corriente, ganados, árboles, materiales derruidos y hasta la venerada imagen.

A ver la crecida del río salieron los vecinos de los barrios de la Sirga (camino que los peregrinos franceses llevaban para Santiago de Compostela y entre los objetos arrastrados por las aguas, llamó su atención uno que parecía flotar como si luchase contra la corriente, se aprestaron a recogerle y logrado, se vieron agradablemente sorprendidos al ver que era la imagen bizantina de Tablares; estimando sería para ellos un honor, darla culto en su campo, comenzaron a edificarla un templo, más he aquí, que lo edificado de día, donde se llama el Camarín, se venía de noche a tierra; creyeron sería obra de los pocos pastores que sobrevivieron a la tempestad que asoló Tablares, y la sospecha origina algunas re-vertas.

Con ánimo de resolver el conflicto sin duda, la Santísima Virgen se apareció a un pastor cerca de Villarmentero, le llaman el Milagro y le indicó el sitio en donde Ella deseaba se edificase el Santuario.

Reunido el Consejo de Villasirga, presidido por el Sr. Conde, se acordó edificarle en el sitio indicado por el pastor; así se hizo en el siglo XIII, aunque de su primitiva fábrica, sólo resta un arco románico de la Norte, casi cubierto por la obra de fábrica de la Sacristía.

Fué parroquia y en 1560 el Obispo de Palencia, don Pedro Gasca, hizo Pilar confirmando 25 niños.

Fué reconstruído en el siglo XVIII, de cuya época es la entrada actual.

En 1650 o sea a los 40 años de perder el título de parroquia, por haberse declarado única parroquia a Nuestra Señora la Blanca, Iglesia de los Condes, se erigió la cofradía gracias al celo apostólico del Licenciado don Alonso Salomón, con 34 Hermanos; fué bendecida por el Ilmo. Sr. Obispo D. Enrique Peralta, el 12 de diciembre de 1659. Poco después fué indulgenciada por el Romano Pontífice Alejandro VII, y enriquecida con jubileo particular cada 25 niños, por el Papa Inocencio XI.

A. R. S.

NOVENA

a la Santísima Virgen del Río de Villasirga

Por la señal, etc.

Acto de contricción

Señor mío Jesucristo, etc. . .

Oración preparatoria

Reconoce la esperanza grande de salvación eterna, que el Señor se ha dignado concederte, poniéndote bajo el patrocinio de la Santísima Virgen del Río, a pesar de que por tus pecados eras indigno de gracia tan señalada.

Rinde gracias a Dios y a su Santísima Madre por la bondad con que te acogió, bajo su manto piadoso y suplica las gracias espirituales y temporales más necesarias a tí, a tu familia y a tu pueblo y ahora especialmente la que es objeto de esta novena a mayor gloria de Dios, culto honor de la Santísima Virgen del Río y salvación de tu alma. Amén.

ORACION

que se recitaba ya el año 1853, al empezar todos los días la Novena.

¡Oh gran Dios!, principio y fin de todas las cosas, soberano único de todos los sucesos y dispensador de todo bien!, a Vos Señor debemos la gracia de tener a vuestra Santísima Madre y Virgen María, con el título del Río por nuestra especial abogada y amparo manifiesto en nuestras necesidades; agradecidos a beneficio tan singular, humildemente os pedimos nos concedáis hacernos dignos de vuestra clemencia para alcanzar en esta novena, cuanto os pedimos por la intercesión de María Santísima del Río, si fuese de vuestro agrado. Así os lo pedimos Señor, rogamos y suplicamos. Amén.

DIA PRIMERO

MEDITACION PARA ESTE DIA

Fe de María

PUNTO PRIMERO

Es la fe aquella virtud, por la cual creemos las verdades reveladas por Dios, y conforme a la cual ajustamos nuestra conducta de cristianos. Las verdades fundamentales de esta fe son: la existencia de Dios, no sólo como creador de todas las cosas, sino también como juez de todas nuestras acciones; la creencia en otra vida, y ésta eterna; y por consiguiente, que hay un alma que salvar, un infierno que evitar, y una gloria que conquistar. He aquí el objeto primordial de nuestra fe. Que estos pensamientos ocuparon constantemente la mente de María, nos lo dice bien a las claras su conducta. ¡Salvar su alma, fué su anhelante deseo! Por eso y para eso, apenas llegó a la edad de tres años, se retira al templo, donde, libre de los peligros del mundo, puede con mayor facilidad atender al servicio de su Dios y al negocio de su salvación. En todos los momentos, en todos los actos de su vida, ni se descubre una falta, ni sombra de pecado, ni otro pensamiento que el de servir a su Dios, y conquistar el cielo a que aspiraba.

Nosotros también, es verdad; creemos en Dios, lo confesamos Juez de vivos y muertos; le reconocemos; le reconocemos como nuestro principio y nuestro último fin; no pertenecemos por fortuna al número de esos desgraciados que niegan la vida eterna; pero ¿obramos conforme a nuestras creencias?

¿Es nuestra conducta conforme a la de la Virgen Santísima? ¡Ay! que nuestros pensamientos no son para Dios, nuestros cuidados y solicitudes no son para nuestra alma. ¡Todo lo absorbe lo temporal y terreno!—Para los negocios temporales, para las diversiones y pasatiempos, y aun para los vicios y pecados reservamos toda nuestra actividad; para conseguir estas bagatelas nos afanamos, corremos y sudamos. ¡Nuestra salvación eterna la miramos con la mayor indiferencia! ¡Infelices! Eso ni es ser cristianos, ni mucho menos devotos de la Virgen. Reflexionemos un poco, y propongamos la enmienda, no nos vaya a suceder lo que al rico del Evangelio; que oigamos una voz, que nos diga: "¡Necio!, esta noche morirás; esas riquezas que has allegado ¿para quién serán?"...

PUNTO SEGUNDO

La fe no sólo nos da a conocer las verdades del orden sobrenatural, sino que también nos enseña el verdadero valor de las de aquí abajo, y hace las estimemos en su justo precio. Qué sea la riqueza, qué la salud, qué la enfermedad, qué la juventud, qué la vejez, qué sea el talento, qué la ignorancia, qué los honores y dignidades, qué el abatimiento y humillaciones... Para el hombre de fe la riqueza es un don de Dios, para que con él conquiste mucha gloria; para el hombre sin fe las riquezas no son más que medios para satisfacer sus pasiones y apetitos desordenados. La pobreza para el hombre de fe o es una prueba, que Dios le manda para acrisolarle, o un medio de que demuestre su fidelidad. Lo mismo podemos decir de la enfermedad y la vejez. La juventud para el hombre de fe es la fuente de vida y actividad, para moverse y trabajar por la gloria de Dios y salvación de su alma: para el hombre sin fe es

un prado de placeres a donde locamente acude, para en ellos intoxicarse y perecer. La enfermedad para el hombre que no tiene espíritu de fe es una pesadilla, que le hace insoportable la vida; para el hombre de fe es la feria del espíritu, donde se enriquece su alma con inmensos tesoros. ¡Riquezas, honores, dignidades... ¡Vanidad de vanidades... menos el servir a Dios!

La Virgen Santísima, llena del espíritu de fe, miró siempre las cosas a la luz de ella. Así recibió su pobreza, así miró sus tribulaciones, así encontró el medio de santificarse y unirse cada día más a su Dios. ¿Es esa nuestra conducta? ¿Son esas nuestras miras? ¿Qué uso hemos hecho de nuestra salud, de nuestra vida, de nuestras riquezas, de nuestros honores y preeminencias? ¿Lo hemos empleado en defender la causa de Dios, en servir a nuestros prójimos, en salvar nuestra alma? Las enfermedades, la pobreza, las tribulaciones, la vejez, son recibidas por nosotros como dones de Dios, como medios para nuestra santificación, o nos revolvemos contra ellos desesperados?

(Reflexionemos un momento sobre estas verdades, hagamos propósitos prácticos; y pida cada uno en silencio la gracia que desee alcanzar en esta Navena por intercesión de la Reina de los Angeles.

Para mejor conseguir esta gracia la dirigiremos las siguientes Saluciones):

SALUTACIONES

¡Oh María! Salúdote con la primera Gerarquía angélica, como Hija de Dios Padre.

Dios te Salve María, etc.

Salúdote con la segunda Gerarquía, como Madre de Dios Hijo.

Dios te Salve María, etc.

Salúdote con la tercera Gerarquía, como Esposa del Espíritu Santo.

Dios te Salve María, etc.

Salúdote con las tres Gerarquías, como Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

Dios te Salve María, etc.

Salúdote con toda la Corte celestial, como concebida en gracia sin mancha de pecado original.

Dios te Salve María, etc. Gloria Patri...

ORACION FINAL PARA TODOS LOS DIAS

Así confío lo hareis, Soberana Reina de los Angeles, pues jamás se ha oído, que ninguno haya invocado vuestra protección, e implorado vuestro auxilio, sin haber sido consolado, y obtenido lo que pedía. No desecheis, Madre querida, las súplicas que os dirige este amante hijo; antes bien, acogedlas propicia, y acceded a ellas piadosamente, que yo os prometo vivir siempre agradecido, y alabaros eternamente. Amén.

(Ahora se cantan los gozos, y concluye con la oración siguiente):

VERSICULO Y ORACION PARA TODOS LOS DIAS

Ÿ Exaltata est sancta Dei genitris.

RŸ Super choros angelorum ad coelestia regna.

OREMUS

Famulorum tuorum, quaesumus Domine, delictis ignosce; ut qui tibi placere de actibus nostris non valemus, genitricis Filii tui Domini nostri intercessione salvemur: Qui tacum vivit, etc.

DIA SEGUNDO

MEDITACION PARA ESTE DIA

Esperanza de María

PUNTO PRIMERO

Descansar en los brazos de la divina Providencia, tanto en las cosas del cielo, como en las de la tierra, presupuesta siempre nuestra cooperación y actividad personal, he ahí el objeto de la esperanza cristiana. Su motivo formal es la misma bondad de Dios. Es nuestro amoroso Padre, y tanto amó a sus hijos, que no dudó en entregar al suyo propio, a su Verbo, por salvarnos a nosotros.

Consideremos cómo María Santísima en cuanto a los bienes del cielo siempre puso su confianza en Dios. Por eso su oración, que es la comunicación con Dios, el acto de honor y confianza, y de petición de gracias, fué constante y fervorosa. Desde el primer instante de su ser hasta el último momento de su muerte preciosa, puede decirse que su vida no fué más que una no interrumpida oración, un constante hacimiento de gracias, una perpetua petición de auxilios; y una demostración palpable de la confianza de llegar a la posesión eterna de su último fin.

También nosotros deseamos la salvación. No creo, haya uno solo entre nosotros, que haya llegado a tanta insensibilidad y desgracia, que le sea indiferente salvar su alma o perderla. ¡Todos confiamos en la divina Providencia! ¡Esperamos su misericordia! Pero ¿hacemos algo, por merecerla? ¿Oramos como la Santísima ¡Virgen? ¿Pedimos al Señor sus

auxilios? ¿Siquiera rezamos algo? ¿Qué se ha hecho de nuestras oraciones de la mañana y de la noche? ¿Qué de la santificación del día del Señor? ¿Qué de la bendición de la comida, y acción de gracias después de ella? ¿Qué de la santa y patriarcal costumbre de rezar el Santo Rosario en familia? ¿Qué de todas las demás devociones? ¿No es cierto, que van desapareciendo de nuestros hogares, o si hacemos alguna, la hacemos con tibieza y flojedad? Triste es reconocerlo; pero, por desgracia, es demasiado cierto! Confesémoslo y pidamos a Dios perdón, y hagamos serios propósitos de enmienda.

PUNTO SEGUNDO

En las cosas temporales no descansó menos la Virgen Santísima en los brazos de la divina Providencia. Ella vivió siempre una vida pobre y llena de amarguras y estrecheces, y no obstante siempre confió en el cuidado de su Dios; tuvo que comer el pan del destierro, y puso su esperanza en Dios; fué objeto de mil persecuciones y martirios, y jamás dudó de que el Señor saliera a su defensa. En las estrecheces, en las tribulaciones, en todas sus penas descansó en los brazos amorosos de la Providencia divina, con la misma confianza, que un niño descansa en el regazo materno. Es verdad que la Virgen Santísima no cesó en el trabajo, no hizo una vida ociosa; pero más que en su actividad confiaba en la protección de Dios.—¿Es esa nuestra conducta? O por el contrario ¿lo esperamos todo de nuestra vigilancia, actividad y trabajo? **Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum, laboraverunt qui aedificant eam.** Si el Señor no levanta la Casa, en vano trabajan los que la edifican.—¿Quién dudaría que le faltasen las cosas necesarias para la vida, sirviendo a un gran Rey o Príncipe poderoso? Pues Dios es, no solo nues-

tro Rey, sino Padre amoroso. ¿Le servimos fielmente? Pues confíemos en su Providencia. Lo que impide la consecución de las gracias temporales y espirituales del Señor, es el pecado. Huyamos de él, seamos temerosos de Dios, y El derramará con largueza sus bienes sobre nosotros. **Habebitis multa bona, si timueritis Deum.**

(Meditemos etc., como el día primero).

DIA TERCERO

Caridad de María para con Dios

PUNTO PRIMERO

Dios es verdad, bondad y belleza infinita, y como el hombre busca la verdad, ama la bondad y se encanta con la belleza, debe buscar, amar y encantarse con Dios sobre todas las cosas. Y no sólo debe ser amado Dios por lo que es en sí, sino que también por lo que es para con nosotros. El es nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro último fin. Como Creador somos hechura suya, nada hay en nosotros que no le pertenezca, y que por tanto no deba servirle. Como Redentor nos ha comprado, según la expresión del apóstol, "no con oro, ni con plata, ni con cosas correptibles, sino con su preciosa sangre, que derramó para volvernos la filiación divina y al derecho al cielo, que por el pecado habíamos perdido". Ahora bien, el que compra una cosa, tiene derecho a emplearla en su servicio. Si Dios, pues, nos ha comprado con el precio de su sangre preciosísima, derecho tiene a que nosotros le sirvamos con todo nuestro ser. Como último fin es nuestra recompensa y suma felicidad; para El, pues, deban ser todos nuestros afectos, nuestro corazón; nuestra alma...

El amor de Dios fué como el ambiente que respiró María durante su vida. En El pensó constantemente, para El fueron sus afectos, sus deseos, sus aspiraciones. Sus delicias eran estar siempre en oración y comunicación con Dios, engolfándose en aquel amor divino, que la hacía exclamar con frecuencia: "Mi

amado todo para mí, y yo toda para mi amado: **Dilectus meus mihi, et ego dilecto meo.**

Pero el amor no consiste sólo en el afecto interior; debe manifestarse con las obras, y sobre todo con los sufrimientos por el objeto o persona amada. Así, de esta suerte es como María probó mejor su amor a Dios. El blanco de todas sus acciones siempre fué Dios. A El miró en la aceptación de la embajada del Angel; por su amor salió de Nazaret para Belén, y sufrió la pobreza y humillaciones, que allí hubo de sufrir; por su amor emprendió el camino de Egipto, y se abrazó gustosa con las molestias y penalidades de tan largo viaje, y los sinsabores de tan prolongado destierro. El amor de Dios fué el que la hizo aceptar todas las amarguras de la Pasión y muerte de su Hijo santísimo; y al ofrecer al Señor la víctima sagrada en expiación de los pecados del mundo, ella misma se ofrecía también para ser nuestra corredentora.

PUNTO SEGUNDO

¿Amamos nosotros así a Dios? ¿Son para El nuestros afectos? ¡Ah, que no! ¡Cuántas veces han sido para las criaturas! ¡Cuántas otras por un placer, por un bien terreno y temporal, por un puntito de honra, por un respeto humano, por una bagatela hemos desalojado o Dios de nuestro corazón! Pasemos sinó revista al Decálogo, y veamos qué nos dice la conciencia.

¿Amamos a Dios sobre todas las cosas? ¿Cómo respetamos su santo Nombre? Esas inmundas blasfemias, que salen de nuestros labios, como sale la lava de un volcán ¿qué nos dicen? Esas profanaciones del día santo del Señor ¿qué nos declaran? Esa insubordinación, esa procacidad y jactancia, especialmente de la juventud, en la perpetración del mismo

pecado ¿qué nos indican? Es verdad, que no hemos clavado el puñal homicida en el pecho de nuestro hermano; que no hemos salido al camino o a la encrucijada a pedir la bolsa al transeunte; pero no es menos cierto que con fraudes y engaños, con razones especiosas y malas artes, quizá con nuestra lengua viperina, hemos quebrantado las leyes de la justicia: hemos hecho sufrir a nuestros prójimos amarguras indecibles, hasta el punto de quebrantar su salud, y ser causa moral de su muerte física. En cuanto a honestidad ¿qué nos dice la conciencia? ¡Ah! que nuestra conducta en esta materia, ni ha sido de cristianos, ni siquiera de seres racionales!

¿Veis cuán mal hemos amado a Dios? Pues, reconozcámonos; humillémonos ante nuestra Madre la Reina de los Angeles; pidamos perdón de nuestros pecados, y gracia para no cometerlos...

(Meditemos, etc. como el primer día).

DIA CUARTO

Caridad de María para con el prójimo

PUNTO PRIMERO

El mismo precepto que nos manda amar a Dios, nos manda también amar al prójimo. Dijo el Señor: "Amarás a tu Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas". Y en seguida añadió: "Y al prójimo como a tí mismo". El precepto de la caridad es, pues, uno en principio, en su esencia, pero doble en su objeto; Dios y el prójimo. La diferencia está, como dice San Gregorio Papa, en la medida: "Para el amor de Dios no la hay, ni puede haberla; por mucho que le amemos, siempre nos quedaremos cortos. Para el amor del prójimo la medida es, como a nosotros mismos". San Alfonso María de Ligorio, explicando esto mismo, dice: "En un mismo precepto nos impuso el Señor la obligación de amarle y amar al prójimo, fundado en aquellas palabras de Santo Tomás. Quien ama a Dios, ama todo lo que El ama." Debemos, por tanto, amar al prójimo: 1.^o porque es precepto de Dios, y esto basta: **Præceptum Dei est**, decía San Juan; 2.^o porque es nuestro hermano, no sólo en Adán, sino que también en nuestro Señor Jesucristo. Somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo. Y así como los miembros de un cuerpo físico se ayudan, compadecen y conduelen unos de otros; así nosotros hemos de ayudar, compadecer y condolernos de los dolores, penas y desgracias de nuestros semejantes, que son miembros del cuerpo moral, cuya cabeza es Cristo.—¿Y cómo se manifiesta este amor al prójimo? —El amor al prójimo se manifiesta por los afectos,

por las obras, por los sacrificios. De las tres maneras amó la Virgen Santísima a los hombres; con los afectos, pues todos fueron para ellos. Quiso constituirse nuestra Madre, y para todos tiene la ternura de tal, que es la expresión más genuina y elevada del amor. En sus obras y en sus padecimientos siempre tuvo fija su vista en nosotros. Recordad aquel pasaje de la Sagrada Escritura en que se nos refiere la delicadeza con que atendió a la necesidad, que padecían los Esposos de la boda de Canaa; como, sin que nadie se lo rogara, obligó a su benditísimo Hijo a que hiciese un milagro, para evitarles la vergüenza de no tener vino a lo mejor del convite. Recordad cómo ofreció su santísimo Hijo a la muerte por nuestra redención, y ella misma se hubiera ofrecido, si hubiera sido necesario. Y ahora en el cielo, separada de nuestro lado ¿creéis que se ha de mostrar menos amorosa, que cuando vivía en la tierra? ¿No es ella el canal por donde nos bajan todas las gracias y bendiciones? ¡Oh, sí ciertamente! ¡Cuántas veces vosotros mismos habreis experimentado los efectos de su gracia y protección! ¡Cuántos, aquí en este mismo templo, ante esa Imagen Benditísima de la Virgen Santísima del Río, habreis experimentado el consuelo en vuestras aflicciones, el remedio en vuestros apuros, el auxilio en las tentaciones y asechanzas con que el demonio quería arrastraros al pecado!

PUNTO SEGUNDO

¿Amamos nosotros así a nuestro prójimo? ¿Son para ellos nuestros afectos, nuestras obras de caridad, nuestros sacrificios? O por el contrario ¿se alberga en nuestro corazón algún odio, algún resentimiento? Nuestras obras ¿son de caridad, procuramos su bién, tanto en el orden moral, como en el

espiritual; o por el contrario nos encerramos en el odioso egoísmo, que tanto predomina hoy en la sociedad? ¿Cómo toleramos sus imperfecciones, sufrimos sus defectos, nos unimos a sus dolores? De San Francisco Javier se dice, que era tanta su caridad para con el prójimo, que no había necesidad, que no socorriese; con la mano derecha socorría las necesidades del alma, con la izquierda las del cuerpo; instruía al ignorante, atraía hacia Dios al extraviado, consolaba al afligido, llevaba el socorro al necesitado... ¿Es esa nuestra conducta?—La sociedad se halla establecida a manera de una sociedad de socorros mutuos. Unos necesitamos de otros. Nadie se completa a sí mismo. Si pues, no nos amamos, no nos ayudamos, no nos toleramos recíprocamente, la vida social se hará imposible. A los trastornos y agitaciones que hoy la devoran, sobrevendrá el caos, el cataclismo, su destrucción. ¡Caridad, pues, caridad! "**Filioli mei, diligite alterutrum**: "Hijillos míos, amaos los unos a los otros" decía frecuentemente el Discípulo amado. Y así terminaré yo con sus mismas palabras: "Amaos los unos a los otros, porque es precepto de Dios, y sólo El basta para la justificación..."

¿Cómo le hemos cumplido hasta ahora?

(Meditemos y hagamos propósito prácticos, etc.)

DIA QUINTO

Humildad de María

PUNTO PRIMERO

Es la humildad la virtud opuesta a la soberbia. Y así como la soberbia es el deseo de ser preferido a otros, la humildad es, o debe ser, el amor a los desprecios, el conocimiento de nuestra pequeñez, nuestra nada... Todo cuanto somos y tenemos, de Dios nuestro Señor lo hemos recibido: la vida, la salud, la hacienda, los honores, las dignidades; el alma con sus potencias, el cuerpo con sus sentidos... dones son de Dios. Sí, pues, de Dios lo has recibido: **Quid gloriaris, cuasi non acceperis**: Porque te glorías, como si no lo hubieras recibido, dice el Apóstol San Pablo.

No hay, por tanto, cristianos sin humildad, ni se concibe que pueda haberlos. La humildad es la base, el fundamento de todo el edificio cristiano. Jesucristo bajó de los cielos a la tierra, para enseñarnos la humildad. Pudimos aprender las otras virtudes de los antiguos Patriarcas y Profetas: la penitencia de Adán, la fidelidad de Noé, la obediencia de Isaac, la paciencia de Job, de José la castidad, de Moisés la mansedumbre, de David el perdón de las injurias... pero el Hijo de Dios quiso, que aprendiésemos de El la humildad; y al efecto El mismo se exhonó de toda su grandeza, humillándose hasta aparecer como el más vil y miserable de los esclavos. ¿Qué somos delante de Dios? En el momento que el Señor retirase su benéfico influjo sobre nosotros, quedaríamos sumidos en la mayor abyección. Esto nos dice la historia, esto nos dice la experiencia de todos los días. Recordad sinó el castigo de Luzbel y todo su séquito;

recordad la caída de nuestros primeros Padres; la historia de tantos hombres, que favorecidos un tiempo por la fortuna, ocuparon puestos deslumbradores en la sociedad; pero que dejados de la mano de Dios, vinieron a un estado deplorabilísimo de abyección y miseria. Nabuncodonosor del trono vino a la selva y al salvajismo. Amán, del primer puesto ante el Rey Asuero, a la pobreza y al patíbulo. . .

PUNTO SEGUNDO

María Santísima fué la más humilde de todas las criaturas: **Quia respexit humilitatem ancillæ suæ ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes**, dice ella misma en su inspirado cántico Magnificat: Porque el Señor miró la humildad de su sierva, he aquí por qué me aclaman bienaventurada todas las generaciones. No obstante ser la criatura más privilegiada del Universo por la gracia de Dios: **"Fecit mihi magna, qui potens est"**, siempre tuvo un concepto bajo de sí misma, jamás se prefirió a nadie, siempre quiso ocupar el último lugar. Hasta el extremo de ocultar sus altos dones; pues ni a su mismo esposo San José se atrevió a revelar la dignidad augusta de Madre de Dios, a que había sido sublimada: y cuando los hombres llegaron a tener conocimiento de ella, todo lo refirió al Señor. Tanta fué su humildad, que prefería ser confundida entre las mujeres pobres de Nazaret: se ocupaba en las labores más humildes, como barrer, lavar, coser y demás, propias de las gentes de baja condición. Fué la primera en visitar a su prima Santa Isabel. . . Y cuando su Hijo atraía las miradas de todos por su celestial doctrina, por sus milagros, ella, o no aparecía, o aparecía confundida entre las demás. En cambio la vemos presentarse en la vía dolorosa, al pie de la Cruz de su Hijo: esto es, en el momento de las humillaciones y desprecios.

PUNTO TERCERO

¿Es así nuestra humildad? ¿Es ese el conocimiento que tenemos de nosotros mismos? ¡Ay! que el infortunado orgullo de nuestra propia estimación, de nuestra soberbia, nos hace mirar a nuestros hermanos con menos consideración quizá, que tratamos a los animales de nuestras casas! No podemos tolerar, que nadie nos humille, o rebaje nuestras cualidades i y sin embargo, ofrecemos el espectáculo de un alma vil y despreciable, humillando a los demás, rebajando sus méritos, envidiando su suerte, sus talentos, sus riquezas, su posición social...! De donde se sigue, que por esa nuestra envidia y soberbia vivimos agitados, llenos de inquietudes y zozobras no tenemos paz. Si, pues, anhelamos ésta, seamos humildes; no hablemos mal de nuestros prójimos, no rebajemos sus méritos, conformémonos con la vida oscura y humilde en que el Señor nos ha colocado. Precisamente la causa del desorden social que hoy agita al mundo consiste en querer salirse cada uno de su esfera, de su estado y condición: el pobre quiere ser rico, el rico poderoso, el poderoso príncipe...

(Meditemos y pidamos a la Reina de los Angeles la virtud de la humildad, etc.)

DIA SEXTO

Obediencia de María

PUNTO PRIMERO

Obedecer es estar sujeto a la voluntad de otro. El hombre está sujeto a la voluntad de Dios, que le creó, y a la de los hombres que le representan, o mandan en su nombre. Que el hombre esté sujeto a la voluntad de Dios, es una verdad, que reconocen todos, no siendo ateos; pero que esté sujeto a la de otro hombre, ya no es tan fácilmente admitido. Sin embargo, no es menos evidente. Dios no ha querido regir al mundo por sí mismo, sino que ha querido que fuese regido por el hombre. A este fin ha investido a algunos de sus mismos poderes. Al Papa, a los Obispos y demás ministros suyos en el orden espiritual. Al Jefe del Estado y sus Magistrados en el orden civil. A los Padres y demás Superiores en el orden doméstico o social. A ellos hay que obedecer; pues, como dice San Pablo: "El que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios". O como se expresó Nuestro Señor Jesucristo al investir a sus Apóstoles de sus poderes: "El que a vosotros oye, a mí me oye; el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia". Hay, pues, que obedecer a Dios, primero en su Iglesia, en sus ministros. Iglesia que El fundó para que continuase hasta el fin de los tiempos su misión salvadora. Para ello la revistió de amplias facultades, y la prometió su asistencia: "Como mi Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros". La dió la triple potestad de enseñar su doctrina, administrar sus Sacramentos y gobernar su grey. En virtud de la primera, ella tiene el derecho y el deber

de enseñar la doctrina de Cristo independientemente de todo poder secular, y aún contra él, como hicieron los Apóstoles y demás predicadores del Evangelio, que derramaron su sangre por cumplir este mandato. En virtud de la segunda, puede y debe administrar sus Sacramentos sin traba de ningún género. Y en virtud de la tercera, puede regir y gobernar los fieles; dar las leyes convenientes, abrogar las antiguas o modificarlas, según lo pidan las necesidades de los tiempos.—Hay que obedecer a las autoridades temporales: **Etium discolis**, aún a las discolas, dice el Apóstol San Pablo.—El hombre es naturalmente sociable: Dios le ha criado para vivir en sociedad; en el seno de ella ha de realizar sus fines temporales y espirituales. Pues bién; la autoridad es la base, el fundamento de toda sociedad. Sin superiores que manden según la ley, e inferiores que obedezcan según razón, no hay, no puede haber sociedad.

Hay que obedecer a los padres. Ellos son la representación más genuína de la autoridad de Dios. Ellos han sido los medios de que Dios se ha valido, para que viniésemos a este mundo. A ellos encomendó el cuidado, no sólo de nuestra vida material, sino que también el de nuestra salud espiritual. A ellos, pues, hemos de amar, respetar y reverenciar como al mismo Dios.

PUNTO SEGUNDO

Consideremos algunos ejemplos de obediencia. Sea el primero el del mismo Hijo de Dios, quien, como dice el Evangelio: "Obedeció a su Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz: **Factus est obediens usque ad mortem; mortem autem Crucis**. Quien, entre las indecibles angustias que agitaban su espíritu en el Huerto de las olivas, a vista del cáliz de amarguras, que había de sufrir en su pasión, exclamó:

maba: **Non mea voluntas, sed tua fiat:** No se haga mi voluntad, sino la tuya.

Y aun a sus padres aquí en la tierra siempre estuvo obediente. Dice el Evangelio: **Et erat subditus illis.** Del mismo modo su Madre, María Santísima siempre estuvo obediente a los mandatos de Dios y de sus legítimos representantes. Se la presenta un día el Arcángel San Gabriel a anunciarla la encarnación del Verbo Divino, y cuando ella se persuade, que es voluntad de Dios, al punto exclama: **Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.** He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra. Dícela más tarde San José: vayamos a Belén, y María se va; volvamos a Nazaret, y María vuelve... he ahí el patrimonio de todo hombre que da! ¡Ejemplos magníficos que imitar para las esposas e hijos de familia! Ahora bien; ¿cómo los hemos imitado hasta la fecha? ¿Cómo hemos obedecido a Dios, y a las personas revestidas de su autoridad? ¿Cómo cumplimos los preceptos de la Iglesia? ¿Murmuramos acaso de sus disposiciones? ¿Y a las autoridades civiles? ¿Y a nuestros padres y superiores? ¿No es una vergüenza ver a tanto hijo díscolo e indisciplinado, que con sus rebeldías y desobediencias llenan de amargura el corazón de sus padres...?

(Meditemos etc.)

DIA SEPTIMO

Paciencia de María

PUNTO PRIMERO

Sufrir con cristiana resignación, y hasta con alegría, es el objeto de la paciencia cristiana. Sufrir es la condición del hombre sobre la tierra. Sufre el pobre, sufre el rico, sufre el sabio, sufre el ignorante. Tristeza, llanto, desolación, enfermedades, amarguras... he ahí el patrimonio de todo hombre que viene a este mundo. No es sola mi alma, ni mi casa la morada del dolor: lo es la del vecino, y la del otro, y la de todos los de este pueblo, y la de todo el mundo entero. En todas las condiciones, y en todos los estados de la vida se siente el dolor. Job en la pobreza, en el abandono, da salida a su dolor con aquellas sentidas palabras: "**Taedet me vita mea**: Me es tedio el vivir". Salomón en la opulencia, en medio del fausto y la gloria, exclama: "**Vanitas vanitatum, et afflictio spiritus**: Todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu..." Si alguno quiere venir en pos de mí, dice Jesucristo tome su cruz, y sígame: **Si quis vult venire post me, abneget se melipsum, tollat crucem suam, et sequatur me**". Y el camino por donde Nuestro Señor Jesucristo subió a los cielos, no fué otro que el del Calvario. Vivimos en un valle de lágrimas, donde necesariamente cada uno ha de llevar su cruz.—Sucede algunas veces, que las risas, los placeres mundanos, los honores, las riquezas cubren con un barniz exterior de felicidad a ciertos individuos; pero, profundizad dentro de su alma, y quizá encontraréis más tedio y tristeza que en la vuestra.

La Virgen Santísima sufrió también las amarguras todas de la vida, y las sufrió con admirable paciencia y resignación. Apenas presentó a su Santísimo Hijo en el Templo, y ya fué atravesada su alma de dolor por la Profecía de Simeón: "**Et tuam ipsius animam gladius pertraxibit**". Ella sufrió pobreza, hasta el extremo, según dicen algunos autores, de no tener un pedazo de pan, que llevar a su boca, y con qué alimentar a su Hijo benditísimo: Ella sufrió persecuciones de todo género, y hubo de sufrir el destierro en tierra extraña. Ella acompañó a su Divino Hijo en su pasión y muerte hasta el Calvario, hasta verle exhalar el último suspiro; y no satisfecha con verle derramar gota a gota toda su sangre por la redención de los hombres, hubiera querido ofrecerse ella misma en holocausto, si esto hubiera sido necesario. Con razón, pues, es llamada Madre de dolores, la Reina de todos los mártires...

PUNTO SEGUNDO

Si es, pues, ley general sufrir, también nosotros, de grado o por fuerza, hemos de tolerar nuestras tribulaciones. No nos faltarán en la vida inquietudes y zozobras. Unas veces serán enviadas por Dios, otras vendrán de parte de los hombres, permitidas por el mismo Dios. Unas veces provendrán de los extraños, y otras de los mismos amigos y parientes. Lo que importa es recibirlas todas como de mano de Dios, y hacer de la necesidad una virtud, sobrellevándolas con paciencia. ¿Hemos de sufrir? Pues suframos cristianamente. Así iremos mereciendo para el cielo: "Sin padecer, no se puede merecer, dice el Apóstol; y el premio del Cielo a que aspiramos, hay que merecerle, para llegar a alcanzarle... ¡Cuántas veces las mismas penas, se convierten en nuestro bien! José vendido por sus hermanos, de la cárcel

pasó al trono de Faraón. San Ignacio de Loyola herido en Pamplona, vino a ser el fundador de la ínclita Compañía de Jesús. ¡Seamos, pues, pacientes y sufridos, que en el Cielo recibiremos la recompensa...

(Meditemos etc.).

DIA OCTAVO

Celo de María

PUNTO PRIMERO

Se entiende por celo un deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y una actividad siempre en movimiento para conseguir estos fines. Es el celo aquel vehemente deseo, que San Agustín expresaba con estas palabras: "Señor, que no te ame yo sólo, que no te bendiga yo sólo; sino que te ame y bendiga el mundo entero". "A cada uno, dice el Apóstol, ha dado el Señor cargo de su prójimo". Y nada hay más insolente, que aquella contestación, que el fratricida Caín dió al Señor, al preguntarle por su hermano Abel. Lo que significa el interés, el celo que debemos tomarnos todos porque los demás se salven; hasta el punto de que es difícil, por no decir imposible, que nos salvemos sólo. Dios no nos ha de pedir cuenta, de si pronunciamos elocuentes discursos, ni si ganamos grandes batallas, ni si resolvimos difíciles problemas...; nos la pedirá, y muy estrecha, del celo que hemos trabajado por salvar a nuestros hermanos, de las palabras con que les hemos instruído, de los ejemplos con que le hemos edificado. Y ¡Ay! de nosotros, si de algún modo contribuimos a su condenación.

María Santísima siempre estuvo inflamada de celo por la gloria de Dios, y por la salvación de los hombres. Este fué su constante pensamiento. Si oraba, si hablaba, si trabajaba, si padecía, siempre tenía por blanco este objeto. Cuando su divino Hijo subió a los cielos, y los Apóstoles quedaron sólo, ella les animaba con sus exhortaciones a soportar

la lucha y trabajos que consigo traía la predicación del Evangelio; ella con sus oraciones y santas palabras alentaba a los primitivos cristianos, que como nuestro Patrón el Protomártir San Esteban, derramaron su sangre en defensa de la fe. El celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas hizo, que entregara a su Hijo a la muerte, y que ella misma se hubiese entregado gustosa al sacrificio, si hubiera sido necesario. ¿Es así nuestro celo?...

PUNTO SEGUNDO

¿Cómo se ejercita esta virtud? El celo se ejercita por la oración, con las palabras, y por medio de buenas obras. Con la oración: pidiendo con fe, que el nombre de Dios sea conocido y honrado por todo el mundo; pidiendo con fervor por la exaltación de la santa fe católica, por la paz y concordia entre los Príncipes cristianos; rogando por la conversión de los pecadores, por tantos pobrecitos como andan errantes por el camino de la Perdición. Con la palabra: Todos en cierto sentido somos, o debemos ser, predicadores del Evangelio. ¡Cuántos pobrecitos, que andan por el camino de la iniquidad y del pecado, se detendrían, si un alma celosa les advirtiera: ¿A dónde vas, hijo mío, por esos caminos? Vuelve, vuelve a tu Dios, que te espera lleno de misericordia! ¡Cuántos infelices blasfemos dejarían de serlo, si un alma caritativa, su padre, su madre, su mujer les fuese a la mano y con celo por su alma y volviendo por la gloria de Dios, les dijese: Hijo mío, ¿sabes lo que dices? ¿No ves, que injurias al Dios que te ha criado, y que en su mano tiene el darte el justo castigo, que tu osadía merece?—Con las obras. ¡Oh! y qué campo tan amplio se abre aquí a nuestra actividad y nuestro celo! Obras católicas, misiones católicas, escuelas y centros de instrucción católicos,

círculos de recreo católicos, obras de propaganda católica, periódicos y libros católicos! ¿No veis cómo los malos trabajan con actividad y celo, digno de mejor causa, por dominar a las sociedades y llevarlas camino de la perdición?—Pues opongamos un bloque a otro bloque, un dique a otro dique. Si ellos se asocian y ligan para el mal, asociémonos y liguémonos nosotros para obrar el bien. Ligas contra la blasfemia; ligas contra la inmoralidad; ligas contra las modas y trajes indecentes; ligas contra esas diversiones en que tanto peligra la honestidad y recato de las almas jóvenes; ligas en fin, contra cuanto veamos que puede ser causa de ofensa a Dios y de perdición de las almas. No os voy a exigir yo, que nuestro celo sea tan ardiente como el de un San Francisco Javier, que por ganar almas a Dios, atravesó los mares y no tuvo un momento de sosiego; ni que lleguéis hasta derramar vuestra sangre, como nuestro convecino el Protomártir de la China, Beato Francisco de Capillas, por extender hasta aquellas regiones la luz de la fe; no. No todos tenemos vocación de mártires. Pero sí me atrevo a deciros en nombre del gran Padre de familias: **¿Quid hic statis tota die otiosi?** ¿Qué hacéis así ociosos, mano sobre mano, habiendo tanto que trabajar en la viña del Señor? ¡Ay! que hemos de dar gran cuenta al Señor de tantos talentos, tanta influencia, tantos intereses como El nos concedió, para alivio de nuestros hermanos y que nosotros hemos dejado inútiles!

(Meditemos, examinemos nuestra conciencia, y veremos cómo nos acusa de negligencia, de falta de celo, etc.)

DIA NOVENO

Castidad de María

PUNTO PRIMERO

Ser limpios en pensamientos, palabras y obras, es el objeto de la castidad. Que María Santísima fuera más pura y limpia, que los mismos Angeles del Cielo, lo prueban los títulos con que la honramos en la Letanía lauretana: "Mater purísima: Mater castísima: Mater inmaculata..." Lo prueba la elección que el mismo Dios de la pureza y santidad hizo de su castísimo seno, para ser hecho hombre y habitar entre nosotros. Ella fué la primera que ofreció al Señor su virginidad, sirviendo así de ejemplo y modelo a tantas como después han vivido consagradas al Señor por la práctica de esta virtud. Ella es, por tanto, llamada con razón la Reina de todas las Vírgenes: "Regina iVrginum..." ¡Tanto amaba María Santísima esta virtud, que hubiera renunciado a la augusta cualidad de Madre de Dios, si no se la hubiera asegurado por el Angel, que lo sería, sin detrimento de su virginidad! Tal era su modestia y su recato, que su vista componía aún a los más disolutos; su mirada infundía amor y respeto a esta virtud. ¡Mirad sinó ese rostro angelical, divino! ¿No os infunde veneración, amor, respeto...?

Nosotros también debemos ser castos. Es precepto de Dios: así se halla consignado en el VI de su Decálogo. Y el mismo Jesucristo dice en una de sus Bienaventuranzas: "Que serán bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". Virtud es ésta, que hace a los hombres semejantes a los Angeles y atrae sobre ellos las bendiciones del cielo.

Por el contrario la deshonestidad atrajo sobre la tierra un diluvio de agua en que toda fué anegada (porque toda carne había corrompido sus caminos); otro de fuego sobre las ciudades nefandas de Pentápolis...; y siempre y en todos los tiempos ha sido causa de fatalísimas consecuencias en el orden temporal y eterno. En el orden temporal degrada y envilece al hombre hasta el extremo de hacerle aparcer, más, que como hombre, como ser irracional, como bestia, según aquello del **Psalmista**: "**Homo cum in honore esse... , comparatus est jumentis...** Le hace perder la salud, la hacienda, la vida, la vergüenza, el amor a la familia... En el orden eterno, la fe, la esperanza, llevándole a la impenitencia final; pues que el impuro rara vez llega a convertirse, viniendo a ser su muerte eco de su vida. **Sicut vita, finis ita**: ¿Vivió como Angel? como de Angel será su muerte. ¿Vivió como bestia? de bestia será su fin.

PUNTO SEGUNDO

Debemos, pues, ser como María, puros y limpios de corazón, en pensamientos, en palabras, en obras. Huyamos de la impureza como de un mónstruo horrible. Y al efecto huyamos de cuanto pueda incitarnos a tan execrable vicio; como son las conversaciones lúbricas, los cantares deshonestos, los espectáculos inmorales, los trajes indecentes, las lecturas peligrosas, las relaciones, amistades o amorios en que pueda peligrar nuestra pureza... **Qui amat periculum in eo peribil**, dice el Sabio: El que ama el peligro, en él perecerá... ¿No nos enseña esto la experiencia de todos los días?

¿Qué remedio para no ser vergonzosamente vendidos? En primer lugar, la huída de todas las ocasiones y peligros. En materia de pureza no se puede entrar a luchar; se engañan miserablemente los que

creen, que ellos no caerán, puestos en las mismas circunstancias que otros cayeron. En segundo lugar, es menester vigilar mucho sobre nosotros mismos, para no faltar a las leyes de la honestidad y del recato. Por abrir demasiado los sentidos, y ver lo que no se debe ver, u oír y hablar lo que ni se debe hablar ni oír, entra el veneno en el alma, que es difícil arrancar de ella. De donde se siguen ese cúmulo de pensamientos o deseos torpes. Recato, pues, modestia y circunspección en todos, pero especialmente en las doncellas jóvenes. En tercer lugar, hay que hacer oración. La pureza es una virtud del cielo. Hay que pedírsela a Dios, como lo hacía María Santísima, rogándole y suplicándole a todas horas, a que no nos deje caer en tan vergonzosos desórdenes. Finalmente hay que modificar los sentidos y todo nuestro cuerpo, a fin de que éstos estén siempre sujetos a la razón, y ésta a Dios. La Pureza es una virtud tan delicada, que con sólo tocarla se aja; por eso se cría y desarrolla entre espinas, las espinas de la mortificación...

Así, y sólo así, seremos castos; podremos llamarnos amantes y devotos de la Virgen. Y ella al ver nuestro corazón puro, nuestro porte modesto, nuestros pensamientos santos, nuestras conversaciones limpias, nuestras relaciones honestas, se gloriará de ser nuestra Madre, y nos alcanzará de su benditísimo Hijo las gracias y el cielo... Así sea.

(Meditemos etc.)

ORACION FINAL

¡Oh Santísima Virgen del Río! permitidme que os llame Madre, pues nombre tan dulcísimo me conforta y llena de confianza. Después de Dios habeis de ser mi esperanza, mi refugio y mi amor, mientras viva en este valle de lágrimas y cuando llegue la hora de mi muerte, pondré mi espíritu en tus manos benditísimas para poder exclamar: **la Santísima Virgen del Río** me ha salvado y hecho feliz por los siglos de los siglos. Amén.

VERSICULO Y ORACION PARA TODOS LOS DIAS

Ÿ Ora pronobis Sancta Dei genitrix
15 U digni efficias mer promissionibus Christi.

OREMUS

Deus qui per gloriosissimam Filie tui Matrem, auxilium nobis praeparasti sub titulo fluminis; supplices a te quaesumus: ut ejusdem Virginis apparitionem celebrantes, salutem mentes et corporis consequamur. Per eundem...

SALUTACION A LA SANTISIMA VIRGEN DEL RIO

Madre que escuchas el sentir cristiano de este pueblo de honrados campesinos, tiende con tu mano el favor divino que hoy reclama de Tí, Virgen del Río: no retires tampoco tu mirada de este esperanzado hijo que te adora y te aclama con fé, su Reina y su Señora.

Mira cómo te adoran a porfía los cariñosos hijos de este pueblo, escucha su plegaria Madre pía que aún tienen fé y son buenos: aparta de esta tierra los dolores y derrama tus gracias y favores.

Tu divino querer, tu imagen santa es arrullo de niños en la cuna y ante prueba de amor sincero y tanta te consagran su amor y su ternura; y el niño, el joven y el gastado anciano lo esperan todo de tu regia mano.

Bendice tú sus campos, sus haciendas, bendice sus familias, sus moradas acoje con cariño sus ofrendas otórgales la paz que llena el alma: no les falte el sustento necesario ni a los pobres el módico salario.

No te olvides tampoco del ganado con que labran las tierras los obreros ni descuides tampoco sus rebaños y vuelve a todos, tus ojos bellos.

Madre de gracia que vistes
de fronda aquestas choperas
y esmaltas con margaritas
estas fecundas riberas
do el Ucieza serpea presuroso
para mirarse en tus lindos ojos.

Madre de amor que enciendes
los limpios hogares de Villasirga
y ríes gozosa cuando
el campanillo vuela de prisa
anunciando a los vecinos
que va a celebrarse la Misa
en el Santuario de su delicia...
lago encantado, nube de grana
dulce consuelo, luz de la tarde
que en sus fulgores llevas
los ecos de nuestra salve...
santa alegría,
cítara y estro
llévanos Madre pía
contigo al cielo.

A. R. S.

GOZOS A LA SANTISIMA VIRGEN DEL RIO

Siendo pues tu poderío
con nuestro Dios sin igual
libranos de todo mal
"oh Virgen Santa del Río".

Desde que fuiste oh Señora
en Villasinga aclamada
por especial abogada
y singular protectora
todo el pueblo sin desvío
a vos clama en general
"libranos... etc.

Todo enfermo pues que hubo
del Río al Templo venido
si la salud ha perdido
al instante la ha obtenido
a vuestro amor santo y pío
decía el pueblo leal
"libranos..."

Si padeciendo ansiedades
alguno se hubo acercado
al cambiar su amor umbrío
del Río al Templo implorando
de María las bondades
allí oyó en voz igual
"libranos..."

De Villasinga al vecino
con todos nuestros devotos
consagran cristianos votos
a vuestro poder divino

y prendiéndooos su albedrío
grato, constante y cordial
"libranos...

Ea pues, reina gloriosa
vuestro amparo continuad
y en toda necesidad
protégenos generosa
y de la gracia el rocío
nos dé tu amor maternal
"libranos...



